

EL PASADO VIVIENTE: EL LORO DEL ABUELO¹

LOS VÍNCULOS QUE NOS CONSTITUYEN 3

Era una bella mañana de verano.

Estaba sola, de vacaciones, en casa de colegas y amigos, en el sur de Francia. Habiéndome despertado temprano, había salido sin hacer ruido al jardín para ver la salida del sol sobre las montañas, detrás de la Sainte-Baume. Como ignoraba las costumbres de la casa y no quería molestar, permanecí tranquila, cerca de la piscina, bajo los pinos.

Todo era apacible... Todo era "orden y belleza... lujo, calma y voluptuosidad".²

"¡A la mesa!", gritó de repente y desde lejos una voz imperativa. "¡A la mesa! [Rápido, rápido, rápido, a la mesa!..." Los perros se precipitaron, y yo detrás de ellos, al gran comedor, al living... donde no había nadie.

La voz, una voz masculina, segura, con certeza de su derecho y habituada a dar órdenes, repitió: "¡A la mesa!" [Monique, rápido! ¡A la mesa! ¡Y mantente derecha!" (instintivamente, yo me enderecé).

Los perros se orientaron hacia el lugar de donde provenía la voz, y frenaron... frente a la jaula del loro; esperaron, se pavonearon... y volvieron a echarse. Yo estaba tan desconcertada como ellos y volví al jardín, a esperar.

Más tarde, en el verdadero desayuno dominical, placentero, cordial, distendido y cálido, mi amigo Michel me explicó que, después de la muerte de su abuelo, había heredado un loro —un loro centenario— que a veces "hablaba" como se hablaba tiempo atrás en la familia. Tanto, que era realmente para confundirse.

A veces era la voz del abuelo (médico) que llamaba a todo el mundo a la mesa —sobre todo a los nietos—; otras veces, la de algún otro miembro de la familia, o la de sus amigos. Nadie sabía qué desencadenaba la memoria del loro, ni qué o quiénes saldrían de ella.

Para mis amigos, la familia estaba siempre ahí. ¡Cuánta presencia, cuánto calor, cuánta camaradería proporcionaba ese loro, qué continuidad en el linaje y cuánta seguridad! Pero también, ¿qué secretos eventuales podían resurgir, qué no-dichos prohibidos, qué órdenes podían ser re-ordenadas o convocadas?

Era el pasado, el pasado viviente, el pasado siempre vivo e interactuando con el presente.

Esta experiencia fue, para mí, una vía de acceso al pasado y al presente, un ir y venir.

"Lo muerto se encarna en lo vivo", dicen desde hace mucho tiempo los escribanos, retomando el adagio romano.

Continuamos la cadena de las generaciones y pagamos las deudas del pasado; hasta que no se "borre la pizarra", una lealtad invisible nos empuja a repetir, lo queramos o no, lo sepamos o no, la situación agradable o el acontecimiento traumático, la muerte injusta, incluso trágica, o su eco. (Niza-Hyéres, 1989)

La vida de cada uno de nosotros es una novela. Usted, yo, vivimos prisioneros de una telaraña invisible de la que también somos uno de los autores. Si enseñáramos a nuestro tercer oído, a nuestro tercer ojo, a captar, a comprender mejor, a entender esas repeticiones y coincidencias, la existencia de cada uno se volvería más clara, más sensible a lo que es, a lo que deberíamos ser. ¿No podemos escapar a esos hilos invisibles, a esas triangulaciones, a esas repeticiones?

Somos, finalmente, en cierto modo, menos libres de lo que creemos. Sin embargo, podemos reconquistar nuestra libertad y salir de la repetición comprendiendo lo que pasa, atrapando esos hilos en su contexto y en su complejidad. Podremos, al fin, vivir así nuestra propia vida y no la de nuestros padres o abuelos, o la de un hermano muerto, por ejemplo, al que reemplazamos, sabiéndolo o no... .

Estos vínculos complejos pueden ser vistos, sentidos o presentidos al menos parcialmente, pero por lo general no se habla de ellos: son vividos en lo indecible, lo impensado, lo no-dicho o el secreto.

Pero existe un medio de ajustar esos vínculos y nuestros deseos para que nuestra vida esté a la altura de lo que nosotros deseamos, de nuestros verdaderos deseos, de aquello que profundamente ansiamos y necesitamos (y no de aquello que "se" desea para nosotros) para ser.

Si no hay ni azar ni necesidad, siempre se puede aprovechar la propia oportunidad, cabalgar el propio destino, invertir la suerte desfavorable y *evitar las trampas de las repeticiones transgeneracionales inconscientes*.

Que nuestra vida sea la expresión de nuestro ser profundo es, en el fondo, el trabajo de la psicoterapia y de la formación. Después de haberse descubierto y comprendido a sí mismo, el psicoterapeuta estará, mejor preparado para escuchar, percibir, ver, casi adivinar, lo que está apenas expresado. Esto se manifiesta a veces a través del dolor, la enfermedad, el silencio, el lenguaje del cuerpo, el fracaso, el acto fallido, la repetición, las "desgracias" y dificultades existenciales de su "cliente". Entonces, humildemente, con todo su saber (aunque se trate tanto de un saber-ser, de un saber-ser con él otro y de escucharlo, como de un saber-hacer o un saber teórico), el terapeuta intenta ser el *go between* o el intermediario en la interfaz entre el yo y el egó del cliente, entre aquel que se busca y la Verdad que le pertenece (a él, al cliente, el otro), y su "partero" o su "comadrona", como decía Sócrates.

¹ Schutzenberger, Anne Anceline. ¡AY, MIS ANCESTROS! Arhnetina: Taurus. 2008, p. 27-29

² Versos del poema de Baudelaire "L'Invitation au Voyage", poema LVI, Les fleurs du Mal: "Là, tout n'est qu'ordre et beauté/luxe, calme et volupté".

³ Schutzenberger, 2008. p. 29-30